GT 5: El género bajo la mirada de las humanidades

La condición de género en la manifestación de la identidad no heterosexual

Annaclaudia Dominici, Licenciada en Antropología

anna.dominici.ale@gmail.com

Resumen

La presente ponencia abarca parte del contenido y los resultados obtenidos en una etnografía realizada en la ciudad de Colonia del Sacramento entre 2011 y 2012 en que se intentó abordar temáticas complejas tales como adolescencia, sexualidad e identidad en algunas adolescentes mujeres de entre 15 y 18 años. Para ello, el enfoque se direccionó en dos sentidos con el fin de acotar el objeto de estudio y reducirlo para hacerlo viable. Uno de estos sentidos refiere al espacio; esto quiere decir que la *manifestación de la identidad sexual* fue principalmente observada *en el espacio virtual* que brinda internet, especialmente la red social Facebook. El otro sentido alude al sujeto mismo e implicó el abordaje de las identidades sexuales *no heterosexuales.* Finalmente, y también a modo de redirigir la mirada sobre la etnografía para adecuarla al objetivo de la ponencia pero sin dejar de lado los ejes que la constituyeron, se tratará la condición de género —y cómo ésta la determina— en la manifestación de la identidad no heterosexual, y qué elementos son significativos en la construcción y definición de la orientación e identidad sexual.

Campo y objeto

Durante la segunda mitad de 2011 y los primeros meses de 2012, a modo de tesina con la que finalizaba la licenciatura en Antropología, realicé una etnografía en la ciudad de Colonia del Sacramento, ciudad en la que nací y vivo actualmente. A través de dicha investigación, pretendía conocer de qué manera construyen y manifiestan sus identidades sexuales algunas adolescentes mujeres de entre 15 y 18 años de edad, aunque a decir verdad, el trabajo de campo fue mutando y transformando los intereses personales en objetos de estudios concretos. De hecho, antes del ingreso al campo, si bien conocía mis intereses y su motivación, no encontraba una problemática, un objeto de investigación, y en algún punto ello resultó beneficioso en tanto que «no es posible ahorrar esfuerzos en la tarea de construir el objeto si no se abandona la investigación de esos objetos preconstruidos, hechos sociales demarcados (…)» (Bourdieu, 2002:53). Así entonces, siguiendo lo que Ghasarian explica en *Por los caminos de la etnografía reflexiva* al expresar que en tanto la investigación está fundada en lo imprevisto, ésta no puede ser dominada (2008: 13), me dejé llevar por el campo y dejé que éste *me* construyera el objeto de estudio —es decir la forma en que un

grupo particular de adolescentes mujeres colonienses manifiesta su identidad sexual y en base a qué la definen, lo que fue brindado implícitamente por los mismos miembros del grupo— y *me* construyera a mí misma como investigadora. El resultado arrojó una cuestión más profunda que implicaba la imposibilidad de conocer sus interacciones en la totalidad y riqueza de sus sentidos *si no sabía quiénes eran ellas,* lo que me llevó a ahondar en sus identidades y a ellas a definirse desde lo sexual.

Consideraciones del dónde, del cómo y de qué

Antes de entrar de lleno en la condición de género en la manifestación de la identidad sexual no heterosexual a través de las redes sociales, que es lo que precisamente se tratará aquí y que es uno de los resultados o más bien cuestiones sobre las que la investigación arrojó luz o logró resaltar, trataré muy brevemente algunas de las consideraciones metodológicas y conceptuales que ayudan a ubicarse en la experiencia etnográfica.

El universo de estudio se conformó inicialmente de unas veinte adolescentes y luego fue reducido o más bien enfocado en un grupo en particular integrado por cuatro amigas cuyo nexo común era la identidad sexual expresada en distintos términos a la que me referiré como no heterosexual por razones que trataré más adelante. El acercamiento a todas ellas (universo inicial) fue transitándose a medida que compartía sus mismos espacios, físicos y virtuales, lo que implicaba la inmersión en su vida cotidiana[1]. Al respecto, cabe señalar que, en tanto la identidad es entendida al igual que las prácticas, actitudes o comportamientos que consideramos sexuales, como construcciones socio-históricas, se vuelve menester la inserción en las condiciones actuales de las tecnologías de la comunicación, preferentemente el de las redes sociales, en la medida en que éstas constituyen el medio principal de sociabilidad, alterando los modos en que los vínculos afectivos se conforman, mantienen y expresan. En este aspecto ahondaremos más adelante, ahora sólo se anticipará que las relaciones afectivas que podemos llamar 'amorosas' o 'románticas' son ahora *más virtuales que reales*; sin embargo no dejan de vivirse como hechos altamente significativos. De este modo, constituyen uno de los aspectos más relevantes en la definición sexual, es decir en la orientación e identidad sexual de las adolescentes.

Como antes ya se dijo, del universo inicial de adolescentes que se dividían en tres grupos nucleares de amistades a los cuales otras giraban satelitalmente y permanecían de modo fluctuante, mi atención se dirigió especialmente hacia uno de ellos, probablemente por el interés que me suscitaban las particularidades identitarias de las integrantes del mismo, así como sus interesantes historias de vida. Estas adolescentes se definen de distintas maneras y variando los términos que

1 Para lograr establecer un vínculo sólido con las adolescentes en cuestión, se utilizaron variadas técnicas que van desde la observación, observación participante, y desde charlas informales (en persona y a través de Facebook) hasta entrevistas estructuradas y otras en profundidad que bordean las historias de vida, las cuales fueron las más valiosas. La elección de dichas técnicas, más que ser preconcebidas, fueron dadas por el objeto de estudio; es él quien expresa implícitamente lo modos y medios en que el acceso puede o no facilitarse.

utilizan, por lo que las denominaré —no sin pena, pero habiéndolo reflexionado— como *no heterosexuales* y es en torno a ellas que giró esta etnografía.

No entraré en cuestiones clasificatorias de la identidad sexual, de hecho no es el objetivo de esta investigación hacer una revisión del uso de estos términos pues lo que se busca realmente es evitar caer en la trampa de la clasificación de los sujetos de acuerdo a sus prácticas o deseos sexuales; principalmente porque la identidad sexual es aquí considerada como un proceso en tránsito y en continua construcción, lo que implicaría la imposibilidad de una definición estancada en el tiempo[2]. Además porque es imposible nombrar sin clasificar, pues «nombrar equivale a apresar». (Weeks en Badinter, 1993:175) El hecho de delimitar la experiencia, el comportamiento y el deseo bajo un título, en lugar de liberar, encasilla y de este modo, nunca deja de remitir a los polos binarios de hétero y homo; o sea, volvemos a caer en la misma trampa lingüística. En la medida en que somos sujetos de/y estamos sujeto al lenguaje, éste estructura nuestro pensamiento y viceversa; tanto el pensamiento como el lenguaje se estructuran en categorías binarias dicotómicas, y por ende, también lo hace la sexualidad.

Existe una tendencia o un impulso por definirlo todo, por definir a todos, principalmente mediante su comportamiento sexual: *ser es hacer*. «Esta energía y este celo por clasificar y categorizar ha llevado a muchos historiadores a decir que el surgimiento de distintas categorías de seres sexuales a los largo del último siglo es consecuencia de un esfuerzo continuo por lograr el control social.» (Weeks, 1998:39) «Las categorías socialmente disponibles con las que el individuo puede catalogar su comportamiento, sus sentimientos, su sentido de la identidad, así como los valores sociales atribuidos a esas categorías, modelan los procesos de construcción de la identidad sexual.» (Plummer, 1975; Gagnon, 1977 en Salinas, 2004:5) Esto sucede porque también las palabras dicen más que aquello que significan inmediatamente, pues éstas tienen carga valorativa. Heterosexual/Homosexual/Bisexual/Lesbiana no son más que un título que clasifica y categoriza las formas de deseo de unas personas hacia otras, calificando también al sujeto deseante a través del objeto/sujeto deseado.

Por todo esto es que las designaré como *no heterosexuales*, refiriéndome a ello en sentido estricto (no estrictamente heterosexuales), con el fin de romper con el límite que demarca la heterosexualidad al negarla. Más que un encasillamiento o una existencia a través de lo que no se es, pretende funcionar como vestíbulo a la libertad, la diversidad, la posibilidad y sobre todo a la flexibilidad. De hecho, la propuesta desde la que se parte para el tratamiento de la noción de identidad sexual en esta investigación, comprende la identidad como fenómeno flexible, pues dicha perspectiva nos permite entenderla como un proceso continuo y dinámico, que implica la compleja integración de factores psico-sociales que brindarán al individuo sentido sobre sí mismo. Por esta razón no se denominará a las adolescentes involucradas en esta etnografía dentro de ninguna de las

2 «Las identidades sexuales son, al menos potencialmente, procesos abiertos y cambiantes». (Richardson y Hart, 1981; Plummer, 1975; en: Salinas 2004:5)

categorías propuestas socialmente para definir los gustos, orientación sexual, deseos y prácticas sexuales que ha experimentado un individuo y con quién.

Finalmente, y ahora sí ya no me detendré mucho más en cuestiones que hacen a la etnografía o más bien al etnógrafo, sino en ella misma; el acontecimiento específico en el que quiero hacer especial énfasis en esta ponencia es la manifestación de la identidad sexual no heterosexual, especialmente su difusión pública a través de Facebook, y cómo y por qué afecta al sujeto su condición de género en esta situación particular. Para ello tengo que ubicarme directamente sobre la condición actual de existencia de estas adolescentes y explicar la pertinencia de la antropología para su abordaje.

Justificación de la virtualidad etnográfica

El quehacer antropológico, su método por excelencia —por lo menos a partir de la donación de Malinowski de *realidad de relaciones y riqueza de contenido*— ha sido la etnografía, término que, de acuerdo con Guber, designa una práctica de conocimiento que pretende comprender los fenómenos sociales desde el punto de vista de sus miembros (…) y para ello es imprescindible un vínculo tal que permita la comprensión de las estructuras que dan forma a su mundo. (2001:13) Pero, ¿qué pasa cuando su mundo, éste mundo, nos permite acercarnos a dichas estructuras adquiriendo e introduciéndonos desde espacios que no fueron los que tradicionalmente definieron a la antropología?

Marc Abélès (1997), haciendo referencia particularmente a las condiciones de lo político, afirma que los procesos y cambios tecnológicos de la sociedad moderna han generado una transformación global que nuestra disciplina no puede hacer a un lado, sino que por el contrario, ésta tiene que adaptarse, reformulándose teórica y metodológicamente. Antes, Balandier igualaba las situaciones ante las cuales nos coloca la modernidad con las que le son propias al antropólogo[3] y explicaba que, en la medida que la sociedad «no sólo es vivida (relaciones) y expresada (representaciones explícitas e ideológicas)», sino también expuesta (mostrada) determinadas «prácticas colectivas equivalen a una teoría social dispuesta a la manera de un drama y mostrada, en una representación espectacular de la vida social.» (1988:107) Esto es a lo que Balandier llama «una puesta en escena social».

En este sentido, atendemos la emergencia de un nuevo «terreno» constituido por los escenarios de la vida virtual que ofrece internet, donde se desarrollan diversas prácticas sociales de los sujetos en estudio, se crean innumerables unidades de sentido (lenguajes, expresiones, alusiones o referencias que a pesar de ser públicas se dirigen a un determinado público o individuo particular), todas escondidas tras la máscara de la virtualidad. No es extraño entonces que investigaciones

3 «La modernidad coloca en unas situaciones comparables a aquéllas del antropólogo al tener que afrontar un nuevo "terreno"; frente a lo ignorado que se deja ver en la infinita parcelación de las prácticas sociales y de las conductas individuales, él lleva su observación al mayor número de escenarios; reúne elementos múltiples: cosas, secuencias de acción, signos, símbolos y discursos; después, los agrupa a fin de constituir conjuntos inteligibles, universos complejos descriptibles y portadores de sentido.» (Balandier, 1988:20)

enfocadas en los medios de comunicación modernos o en el tiempo libre, deban «su carga ideológica al hecho que es con el mismo que se relaciona el intelectual cuando estudia la relación de las clases populares con la cultura.» (Bourdieu, 2002:53) O como en este caso, que sea a través de la misma red social —«entorno natural» en el que se mueven los sujetos en cuestión— que se generen muchas de las relaciones entre sujeto cognoscente - objeto por conocer, y donde se despliegan otras posibilidades y modos de contactos que a la hora de la investigación se perciben de modo instrumental.

Actualmente, la ocupación de estos espacios se ha convertido en una indispensable condición de existencia para los adolescentes. Abélès afirma que los hechos sólo adquieren importancia si aparecen en televisión, de modo que ésta funciona como una forma de expresión que permite no sólo retransmitir el acto, sino incluso crearlo. (1997) Algo muy similar sucede también en otra pantalla, la de las computadoras. De acuerdo con Turkle la presencia del ordenador en la vida de las personas se ha vuelto muy significativa: «una manera de describir lo que ha ocurrido pasa por decir que nos estamos trasladando de una cultura modernista del cálculo a una cultura posmodernista de la simulación.» (1997:29) Por su parte, Guigou (2004) propone pensar el ciberespacio como ese escenario en que la acción performática de la exposición y la sobrexposición son una constante: «Nadie está a salvo de la mirada del Otro, y tampoco quiere estarlo». La visibilidad, que toma la forma imágenes, las miles que se suben a diario al ciberespacio, se vuelve esencial[4].

Hoy en día no hay casi ningún adolescente —niño o adulto— (en lo que a las sociedades occidentales respecta) que no tenga una cuenta en MySpace, Facebook y/o Twitter. Pero no basta con el simple hecho de tener esta cuenta para «existir», es necesario actualizar continuamente los estados y publicaciones, decir cómo se está, dónde, con quién y qué se está haciendo.

Es debido a la importancia que el grupo de adolescentes estudiadas le adjudica a las redes sociales, preferentemente Facebook, que ésta constituye uno de los escenarios en que se desarrolla la presente etnografía y configura un espacio digno de visualizar para comprender las manifestaciones de su identidad sexual.

La identidad sexual no heterosexual y su manifestación

Dos cuestiones resultan fundamentales tras el abordaje de la manifestación de la identidad no heterosexual en el grupo de amigas conformado por Brenda, Sol, Laura y Ximena: una es la necesidad de decir(se), expresar, o en sí, la propia manifestación; otra es cómo ésta está íntimamente determinada por la aprobación (o no) de los otros, es decir la norma, los heterosexuales.

---

4 "Las certezas están más del lado de la clonación permanente de los seres humanos, de su imagen, repetida y reiterada innumerables veces, que de la simple relación entre ordenadores y humanos con sus mediaciones y su fantasmática virtual. Al efecto de la continuidad técnica, de la mirada de tiempo completo, le continúa la clonación de tiempo completo: nunca la especie humana produjo tantas imágenes sobre sí misma. (Guigou, 2004:180)

A partir de lo expresado por estas adolescentes en las entrevistas, conversaciones más casuales y sobre todo a través de la observación de sus prácticas y relaciones sociales en la red puede afirmarse que, en torno a la identidad sexual no heterosexual, existe una inminente necesidad de manifestarse y definirse, directamente desde lo sexual. ¿Por qué? Porque el heterosexual no necesita hacerlo (decirlo, manifestarse, explicarse, justificarse), es algo que se da por hecho como lo obvio y natural: la concepción dicotómica de sexo y género limita a un «único e inmutable destino: el de la heteronormatividad». Históricamente, la heteronormatividad se ha instituido y reiterado en base a la «lógica dominante de la heterosexualidad, donde la coherencia y la continuidad entre cuerpo/género/sexualidad establece un stándar de 'normalidad' a ser adoptado». Los discursos dominantes se conforman en base en la legitimación de algunas identidades sexuales menospreciando otras. Se delimita así, aquellas que forman parte del estándar de lo normativo (heterosexualidad) y las que se encuentran fuera de sus márgenes (cualquier otra sexualidad). «La hegemonía de la heteronormatividad es una construcción histórica de la sociedad que establece las 'normas' de las conductas sexuales de los sujetos, estructurando deseos, subjetividades y prácticas sexuales de un sólo modo.» (Soares y Alves de Toledo, 2012:125-126)

Sin embargo, estas adolescentes no son ingenuas a los patrones de conducta sexual que han recibido por parte de la sociedad en forma de imposiciones y exigencias. Reconocen, a través del miedo, la vergüenza, la culpa y la reflexión sobre sus vivencias, que se encuentran fuera de «la norma»[5], pero ahora en vez de callarlo lo manifiestan públicamente, lo que supone una forma de resistencia al discurso dominante de la sexualidad. Mostrar que la homosexualidad existe es una forma de irrumpir «el proceso de reproducción de la evidencia heteronormativa» (Eribón, 2001:81) y ese es el proceso que Brenda comenzó con esa primera autoproclamación como bisexual a la cual luego se sumaron Ximena, Sol y Laura.

Imagen: Ximena y su actual pareja.

Una cuestión de género

La llegada de Brenda desde Buenos Aires, su actitud —muy segura de sí misma— y la total naturalidad y ligereza con la que, no sólo se relacionó afectivo/sexualmente con una chica de su clase, sino con la que lo hizo público, fue vivida por el resto de las chicas (Sol, Laura y Ximena) como una forma de apoyo social, como punto de identificación que permitía decirse a sí misma «no soy la única»; y al percibir «el respeto» que Brenda recibió a partir de la manifestación de su orientación e identidad sexual, Laura, Ximena y Sol se permitieron el propio reconocimiento y la manifestación de su identidad sexual.

Sin embargo, no podemos perder de vista que ese respeto que permitió a Brenda manifestarse de dicho modo no deja de ser otra forma más de la dominación masculina en su sentido total, heteronormavito y androcéntrico. ¿Cómo? Si hay algo que caracteriza a la identidad es su carácter

5

de oposición y diferencia. El proceso constructivo identitario amerita un diálogo constante con «los otros» a modo de confrontación. «La identidad es una representación estructurada que sólo alcanza su carácter positivo a través del estrecho ojo de lo negativo», en palabras de Hall, la identidad, «antes de poder construirse, debe atravesar el ojo de la aguja del otro» (1991 en Grossberg, 1996:151) y en este sentido el heterosexual posee «siempre un privilegio con respecto al homosexual. Es él quien decide la actitud que adoptar» es él quien permite o no la manifestación de la homosexualidad. (Eribón, 2001:83) Desde este punto de vista, «la identidad no es una esencia, un atributo o una propiedad intrínseca del sujeto, sino que tiene un carácter ínter subjetivo y relacional. Es la auto percepción de un sujeto en relación con los otros; a lo que corresponde, a su vez, el reconocimiento y la 'aprobación' de los otros sujetos» (Giménez, 1997: 4) En este sentido, la identidad necesita de los otros para poder así escindirse en términos de oposición. «Si no hay otros, vividos ya sea como complemento o como amenaza, no hay yo, es decir que la identidad contiene a la diferencia. La diferencia otorga carácter distintivo y solidez, pero al mismo tiempo que afirmarla, necesita negarla para confirmarse como eso mismo y no lo contrario.» (Fernández, 2009)

Ahora bien, si analizamos concretamente los motivos por los cuales les fue permitido —y de hecho no sólo eso, sino aceptado y fomentado por sus pares— a estas adolescentes manifestar su orientación e identidad sexual, su publicación en el espacio público virtual de Facebook, subir fotos con sus respectivas parejas, etc; entonces es inminente que nos adentremos en la condición de género de los sujetos en cuestión.

Por un lado, la actitud positiva hacia la proclamación de la identidad sexual no heterosexual de estas adolescentes puede entenderse como resultado de una condena menor en relación a la homosexualidad masculina, que es mucho menos tolerada. «Se puede argumentar que las mujeres tienen más flexibilidad en su orientación sexual autodefinida, como consecuencia de su mayor aceptación de la homosexualidad y del hecho de que el castigo social es menos severo sobre ellas» (Herek, 2000), lo que les permite reflejar con más libertad la complejidad del deseo, las elecciones y oportunidades relacionales (…) (Moral de la Rubia, 2011:123) De hecho, esto es altamente visible también en las expresiones afectivas que forman parte del vínculo de la amistad.

Es habitual ver hoy en día entre los y las adolescentes, que expresiones del lenguaje que hasta no hace mucho estaban destinadas a los ámbitos de la pareja o se vinculaban con la atracción sexual (como por ejemplo «te amo») hoy en día son parte de la expresión del afecto hacia compañer@s y amig@s indiscriminadamente, con algunas pequeñas diferencias. Entre mujeres están totalmente permitidos (y no sólo eso, es parte de la onda, de la moda, de ser un adolescente hoy, por lo tanto de alguna manera está exigido) los comentarios que hacen alusión a su aspecto físico «a lo buenas que están», incluso entrando en juegos o bromas que aluden a la posible ambigüedad u homosexualidad.

En el caso de los varones, «la tirada de buena onda» también está permitida siempre y cuando sea muy claro que las alusiones a la homosexualidad no son más que un juego. Entre ellos las expresiones hacia el aspecto físico se reducen a «alta facha», mientras que entre las mujeres es

común la expresión «te parto, mami». Esta diferencia no es casual, «en su estudio sobre la amistad, Robert Bell muestra la gran diferencia que existe entre los sexos en esta materia. Mientras que las mujeres propician la intimidad entre ellas, los hombres prefieren reunirse en grupos antes que enfrentar una relación personal.» (Robert Bell, 1981 en Badinter 1993:197)

Lo antes dicho, remite directamente a una doble norma, a las diferencias con las que se construye una identidad masculina y otra femenina mediante mandatos culturales que, con sus permisos y prohibiciones, —en el caso de los afectos y su expresión— resultan menos beneficioso para los hombres. Sin duda, no sólo se ha permitido a las mujeres ser más afectivas para con ellas, sino que esto se impone sobre todo en la infancia. Las situaciones en que las niñas «comparten» su intimidad son mucho mayores a las de los niños. Son ellas quienes se quedan a dormir frecuentemente en las casas de sus amigas, hecho que es muy común también durante la adolescencia. Sin embargo lo mismo no es común, ni fomentado, ni bien visto, entre niños o varones adolescentes. Esto significa que existe un mayor control social sobre ellos. «La homosexualidad suscita en algunos jóvenes (y en especial en los jóvenes) un miedo que no tiene equivalente en las mujeres» (Badinter, 1993:193) «La cultura latina tradicional es fuertemente homofóbica en relación con el hombre, pero es más permisiva con la mujer. En ésta lo castigado es la promiscuidad e infidelidad, que, por el contrario, son aspectos más tolerados en el hombre» (Paternostro, 1998; Vázquez & Chávez, 2008 en Moral de la Rubia, 2011:124)[6]

Son más de uno los motivos por lo que la homosexualidad femenina recibe menor condena social que la homosexualidad masculina. En primera instancia, es importante señalar que la importancia recae siempre en la penetración. La inferioridad de la mujer y del homosexual (pasible de ser pasivo) reside la condición subordinada que implica la potencialidad de ser penetrado. En este sentido, pueden destacarse dos cuestiones: por un lado, que al no haber penetración directa de un cuerpo sobre otro, la homosexualidad femenina es vista como un juego («hacer tortita») al que no se le da importancia mayor: «el imaginario social y sexual construido en torno a la importancia de un tipo de masculinidad heterosexual, impide a muchas personas concebir la posibilidad de una relación sexual donde no participe un pene.» (Campero, 2010:26) Por otro, que el hombre homosexual pierde su «virilidad» a través de su feminización, que aunque no se haga visible en comportamientos y actitudes, es supuesta en tanto la posibilidad de ser penetrado lo coloca en la misma posición que la mujer ante el hombre. En el caso de la lesbiana, a menos que ésta adquiera comportamientos «varoniles» y sea considerada como «machona, camionera», ésta no pierde su carácter femenino y por ende, no se la considera menos mujer. Sin embargo, sí es invisibilizada a través del modelo de mujer que es constituida a partir de la penetración por parte del hombre. «Parecería que la heterosexualidad en las mujeres no requiere de mayor vigilancia, en tanto es vista como algo natural y obvio, que silenciosa y suavemente va ocurriendo. Hasta que llega el momento en que es oficializada por un pene, mediante la ruptura del himen en la penetración vaginal. Que según versan las novelas rosa, a través de ese acto un hombre «hace mujer» a una mujer, estimulando su

6

nacimiento a la «verdadera» feminidad.» (Campero, 2010: 24) La importancia que se le adjudica a la penetración, en tanto el pene es falo, cetro de poder, no hace más que fomentar la idea de la «mujer recuperable», es decir, que la mujer será homosexual hasta que encuentre ese hombre que la haga volver al carril de la heterosexualidad. «El hombre varón por tanto no tiene pene, ha sido condenado a portar el Falo. Entre las piernas ya no hay un órgano, sino un símbolo de poder de deambula intentando comprobar su majestuosidad, en las aguas espejadas de las miradas de los otros» (ibíd.: 74)

En segunda instancia, las instituciones y los medios de comunicación no han tratado de igual forma la homosexualidad femenina y la masculina. Las prácticas sexuales entre dos mujeres han sido expuestas por la pornografía como producto de consumo dirigida a la erotización del heterosexual, por lo tanto, no sólo no es condenable por éste, sino que lo disfruta. La mujer no aparece en estas escenas más que como objeto de deseo para los otros, específicamente para otros, hombres, heterosexuales.

A partir de lo expuesto anteriormente podemos entonces hacernos la siguiente interrogante: ¿Qué pasa entonces cuando un adolescente varón, homosexual, decide hacer público y manifestar su identidad sexual en Facebook? No lo sé. Los adolescentes varones homosexuales que conocí a través de Laura y Ximena no lo manifiestan a través de dicho medio (ellas dicen «vos los ves y te das cuenta», refiriéndose a la feminización de sus comportamientos y comentarios que hacen sobre otros hombres); en cambio ellas no sólo manifiestan sus identidades sexuales, sino que es aceptado y reciben apoyo y tolerancia por parte de sus pares.

Otras consideraciones sobre la identidad sexual

Existen otras cuestiones muy ricas, como las que tienen que ver con las historias de vida y relaciones romántico-amorosas de algunas de estas adolescentes que se desarrollan enteramente a través de las redes sociales o mensajes de texto y son narradas muy detalladamente por las mismas, que fueron dejadas de lado para poder concretar esta ponencia de acuerdo a la propuesta planteada, pero me atreveré aquí a nombrar algunas porque su importancia no es menor. Hablé si de la manifestación de la identidad sexual, pero no del elemento sobre la cual ésta se constituía. Esto lo supe a partir de estas narraciones (las historias amorosas de Ximena y de Laura) y del relato de sus experiencias sexuales con chicos y chicas, en lo que me di cuenta que había algo, una cuestión fundamental, que hacía que cada una de ellas se definiera sexualmente del modo en que lo hacía. Las cuatro, Ximena, Sol, Brenda y Laura, habían tenido encuentros con individuos de ambos sexos, pero no del mismo tipo. Todas se habían iniciado sexualmente —primera relación sexual coital— con una persona del sexo opuesto. Y sólo una de ellas había tenido relaciones sexuales con una persona de su mismo sexo. Sin embargo las cuatro acordaban tener una identidad no heterosexual.

Lo que las historias de vida dejaron ver es que la prácticas sexuales no son necesariamente las bases por sobre las cales se construye la identidad sexual. En este sentido puede afirmarse que un individuo puede considerarse a sí mismo homosexual sin haber tenido encuentros sexuales de este

tipo, y a la inversa, alguien que sí los haya tenido puede autodefinirse como heterosexual. (Arimón, 2009:65) Sin embargo, la posibilidad o capacidad de vincularse de forma afectiva, de «sentir amor» es lo que define en primera instancia la orientación sexual, y luego, la identidad sexual.

Laura, admite que, si bien tuvo relaciones sexuales con un chico, lo hizo «sólo por probar». En ese entonces, Laura se consideraba a sí misma como bisexual. El hecho o la razón por la cual hoy se define como lesbiana, es haberse enamorado de Agustina, haber sentido amor por una mujer. De un hombre dice nunca haberse enamorado.

Algo similar sucedió con Ximena después de su relación con Soledad. Antes de esta relación, Ximena de consideraba bisexual. Incluso ya estando de novia con Soledad, seguía definiéndose de la misma manera pero aclaraba: «No sé hasta qué punto llegaría con un chico en este momento. (…) Yo creo que con un chico lo único que podría tener en este momento sería un pinte nada más. Un pinte y hasta ahí también o sea no, no, no llegar a más que unos besos y esas cosas.» Soledad fue la primera novia de Ximena. Hoy en día Ximena tiene una relación con otra mujer con quien se fue a vivir a Fray Bentos. Cree que ya no volvería a estar con un hombre.

Pude ver que esta diferencia también se daba con otras adolescentes que se consideraban así mismas lesbianas pero que no formaron parte directa del universo de estudio de esta investigación. Así por ejemplo Laura, al referirse a Agustina (quien se considera como lesbiana y ha tenido experiencias diversas tanto con hombres como mujeres, según la información brindada por Laura) dice que ésta tiene relaciones sexuales con hombres, pero que sólo lo hace de manera casual, nunca en una relación seria o un noviazgo.

Concluyendo en que es el afecto y/o la capacidad o posibilidad de sentir algo que podríamos considerar «amor» por un otro —cuyo sexo/género determina nuestra orientación en relación a nuestro propia configuración sexo/género— lo que termina por establecer la identidad sexual, no se está negando de ninguna forma el carácter transitorio y flexible de la misma ni se está erigiendo una ley general y absoluta; por el contrario, sólo se observa dicha constante en las historias de vida de un grupo particular de amigas adolescentes de Colonia de Sacramento.

Bibliografía

Abélès, Marc. (1997) «Antropología política: Nuevos objetivos, nuevos objetos» *Revista Internacional de Ciencias Sociales* - No.153: Antropología - Temas y Perspectivas: I. más allá de las lindes tradicionales. Disponible en: http://www.unesco.org/issj/rics153/titlepage153.html

Arimón, lucía. (2009) *Masculinidades Homosexuales. Análisis de un espacio nocturno de homosociabilidad* Taller II en Antropología Social y Cultural. FHCE, Udelar. Disponible en: http://eva.fhuce.edu.uy/file.php/9/Lucia_Arimon_Masculinidades_homosexuales._Analisis_de_un_espacio_nocturno_de_homosociabilidad_.pdf

Badinter, Elisabeth. (1993) *XY Identidad masculina* Editorial Norma. Bogotá, Colombia.

Balandier, Georges. (1988) *Modernidad y Poder. El desvío antropológico* Ediciones Júcar. Madrid.

Bourdieu, Pierre. et al. (2002) *El Oficio de Sociólogo. Presupuestos epistemológicos*. Siglo veintiuno editores. Buenos Aires, Argentina.

Campero, Ruben. (2010) «Hombres sin cuerpo: Penes en llagas y máquinas de carne» *Revista Knot* Nº 5, pp. 72-75. Colombia.

Eribón, Didier. (2001) «Decir y no decir» *e*n: *Reflexiones sobre la cuestión gay*. Anagrama. Barcelona, España.

Ghasarian, Christian. et al (2008) *De la Etnografía a la Antropología Reflexiva. Nuevos campos, nuevas prácticas, nuevas apuestas.* Serie Antropológica. Ediciones del Sol. Buenos Aires, Argentina.

Giménez, Gilberto. (1997) *Materiales para una teoría de las identidades sociales.* Disponible en: http://docentes2.uacj.mx/museodigital/cursos_2008/maru/teoria_identidad_gimenez.pdf

Guber, Rosana. (2001) «*La Etnografía. Método, campo y reflexividad*» Grupo editorial Norma. Bogotá.

Guigou, L. Nicolás. (2009) «Ciberespacio, memoria y tradición. Las artes de construir el tiempo en la alta modernidad» *Civitas Revista de Ciências Sociais*, Vol. 9, Núm. 2, mayo-agosto, pp. 177-184. Pontificia Universidade Católica de Rio Grande do Sul. Brasil.

Grossberg, Lawrence (1996) «*Identidad y estudios culturales ¿no hay nada más que eso?*» En: HALL y DU GAY compiladores (2003) «*Cuestiones de identidad cultural*». Amorrortu editores. Buenos Aires, Argentina.

Moral de la Rubia, José. (2011) «Orientación sexual en adolescentes y jóvenes mexicanos de 12 a 29 años de edad» *Psicología desde el Caribe*, núm. 27, enero-junio, pp. 112-135. Universidad del Norte. Barranquilla, Colombia.

Salinas Villanueva, Dolores. (2004) *La construcción de la identidad sexual de la mujer, un análisis multirepresentativo.* Universidad Complutense de Madrid. Disponible en: http://eprints.ucm.es/tesis/19972000/S/1/S1037701.pdf

Soares, Milene y Alves de Toledo, María (2012) «Dialogando con estudio acerca de las vivencia afectivo-sexuales de las parejas de transexuales» *Liberabit*18 (2): 25-129. Lima, Perú.

Turkle, Sherry. (1997) *La vida en la pantalla. La construcción de la identidad en la era del internet.* Ediciones Paidós. Barcelona, España.

Weeks, Jeffrey. (1998) *Sexualidad,* Editorial Paidós S.A. México.